



REVISTA PRISMA SOCIAL N° 36

# COMUNICACIÓN, DISCAPACIDAD Y EMPLEABILIDAD EN LA SOCIEDAD DIGITAL

1ER TRIMESTRE, ENERO 2022 | SECCIÓN ABIERTA | PP. 290-314

RECIBIDO: 1/11/2021 – ACEPTADO: 16/12/2021

## HOMBRES Y TRABAJO DOMÉSTICO: REPRESENTACIONES Y PRÁCTICAS DE GÉNERO EN JÓVENES DE EDUCACIÓN SUPERIOR DE VALDIVIA, CHILE

MEN AND DOMESTIC CHORES: REPRESENTATIONS  
AND GENDER PRACTICES IN YOUNG UNIVERSITY  
STUDENTS OF VALDIVIA, CHILE

KAREN MARDONES LEIVA / [KAREN.MARDONES@UACH.CL](mailto:karen.mardones@uach.cl)

INSTITUTO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS, UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE, VALDIVIA, CHILE

GONZALO SAAVEDRA GALLO / [GONZALO.SAAVEDRA@UACH.CL](mailto:gonzalo.saaavedra@uach.cl)

INSTITUTO DE ESTUDIOS ANTROPOLÓGICOS, UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE, VALDIVIA, CHILE

FINANCIAMIENTO: AGENCIA NACIONAL DE INVESTIGACIÓN Y DESARROLLO ANID.  
PROGRAMA BECAS DOCTORADO NACIONAL 2017 FOLIO 21170553.



prisma  
social  
revista  
de ciencias  
sociales

## RESUMEN

Desde una perspectiva feminista y socio-construccionista, se exploran las representaciones y prácticas de género de estudiantes universitarias y universitarios sobre hombres y trabajo doméstico, preguntándonos por la participación de éstos en las tareas dentro del hogar, espacio cotidiano históricamente asociado a las mujeres. Estudios sobre el uso del tiempo sostienen que el género es la variable que imprime mayores diferencias en el modo en que se organiza y distribuye el tiempo y responsabilidades. La metodología fue cualitativa, participando 18 estudiantes a través de entrevistas semiestructuradas, 9 hombres y 9 mujeres, de diferentes carreras y universidades de la ciudad de Valdivia, Chile. Los resultados muestran que las y los jóvenes tienen claridad sobre la división sexual/generizada del trabajo y que, si bien comprenden que el trabajo doméstico es responsabilidad de todas y todos, reconocen que estamos en un proceso de cambios socioculturales, los que se observan como incipientes, manifiestos en las representaciones discursivas y no tanto en las prácticas cotidianas materiales, especialmente en las rutinarias y tediosas. Se propone avanzar hacia la corresponsabilidad, relevando la importancia del trabajo doméstico para la reproducción social de la vida, así como la responsabilidad de las instituciones de educación superior en la promoción del cambio cultural.

## PALABRAS CLAVE

*Género; masculinidad; división sexual/generizada del trabajo.*

## ABSTRACT

This article explores the gender representations and practices of male and female university students with respect to men and domestic chores from the angle of feminist social psychology, and a socio-constructionist approach. We investigate men's participation in work in the home, the everyday space historically and traditionally associated with women. The methodology was qualitative, with 15 students who participated through semi-structured interviews: 7 male and 8 female on different courses in different higher education institutions in the city of Valdivia. The results show that the young participants had a clear view of the sexual/genderised division of work. Although they understand that domestic chores are a shared responsibility, they recognise that we are in a process of socio-cultural change, and these incipient changes are manifested more in discursive representations than in everyday practices. The challenge is to advance towards co-responsibility, stressing on the one hand the importance of these activities for the social reproduction of everyday life, and on the other the responsibility of higher education institutions in the promotion of cultural change.

## KEYWORDS

*Gender; masculinity; sexual/genderised division of work.*

## 1. INTRODUCCIÓN

Desde una psicología social feminista se comparten las preocupaciones por los acontecimientos de la vida social cotidiana, por lo que la corresponsabilidad, es decir la participación igualitaria de hombres y mujeres en el trabajo doméstico no remunerado, es una de las aspiraciones a lograr (Guevara, 2015). Esta psicología comprometida con la construcción de sociedades igualitarias se sitúa en una labor de «continuo cuestionamiento de aquello que venimos considerando como obvio, correcto, natural o evidente» (Iñiguez, 2005, p. 2). Dialogante con otras disciplinas, particularmente la sociología y antropología, cuestiona la imparcialidad del conocimiento y la cultura dominante; y siguiendo a Guevara (2015), reconoce que existen relaciones intrincadas entre la organización social, las subjetividades y la conciencia; por lo que explora la trama de relaciones que coloca a las mujeres en una posición social determinada.

Entre hombres y mujeres jóvenes, especialmente universitarios, los cuestionamientos a las representaciones tradicionales de género se han visto impulsados con mayor celeridad por los movimientos feministas que hace un par de años comenzaron en el país, la región latinoamericana, así como globalmente. En el año 2018, universitarias feministas de la ciudad de Valdivia en Chile, fueron pioneras en denunciar las diversas violencias al interior de las universidades (De Keijzer *et al.*, 2019; Fuller, 2020; Montes, 2018; Ramírez y Trujillo, 2019). Uno de los puntos críticos centrales que las estudiantes movilizadas evidenciaron fue la segmentación horizontal de las disciplinas; que diversos diagnósticos en Instituciones de Educación Superior [IES] constataban, en donde se observaba la mayor concentración de mujeres en áreas consideradas femeninas en tanto extensión de las tareas propias del espacio doméstico; concluyendo que aún hoy mujeres y hombres se ven afectadas/os por los estereotipos de género, dando lugar a la segregación ocupacional generizada, es decir, a una baja participación de mujeres en las áreas académicas y profesionales de tecnología, ingeniería y matemáticas, entre otras, y a una baja presencia de hombres en carreras asociadas a lo femenino, tales como educación y cuidado de otras personas (Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología [Conicyt], 2017a; Conicyt, 2017b; Santos, 2018); segregación sexual ocupacional que igualmente se ha constatado en México (Buquet, 2016) y España (López Martínez *et al.*, 2019).

Estos diagnósticos permitieron recuperar desde la teoría de género el concepto de división sexual/generizada del trabajo, vale decir, de la asignación diferencial de espacios y actividades para hombres y mujeres a partir de la diferencia sexual. Desde sus inicios la psicología como ciencia ayudó a construir la tesis de la diferencia sexual como recurso para legitimar la desigualdad y mantener el *status quo* (Guevara, 2015; López-Sáez y García-Dauder, 2020). Dicha tesis concebía a hombres y mujeres «en esencia como seres biológicos opuestos y complementarios, no sólo en los genitales sino en todos y cada uno de sus atributos (...) establecía la anatomía como destino, asumía que las funciones sociales eran resultado de un orden natural» (Guevara, 2015, p. 48-49). Se consideró que a las mujeres les correspondían las actividades domésticas de reproducción, propias del mundo privado, y a los hombres las actividades de producción, propias del espacio público; dando lugar a representaciones dicotómicas según el cuerpo sexuado como mujer u hombre: pasiva/activo, dentro/fuera, reproducción/producción, desvalorizado/valorizado, trabajo no remunerado/trabajo remunerado.

Desde la Convención para la Eliminación de toda forma de Discriminación contra las mujeres [CEDAW], en 1979, se ha producido un notable interés por la incorporación de hombres en la agenda política internacional para la igualdad de género (Madrid *et al.*, 2020; Valdés, 2020). En la Declaración de la CEDAW, se menciona a los hombres en su Artículo 5, sosteniendo que era necesario:

*Modificar los patrones socioculturales de conducta de hombres y mujeres, con miras a alcanzar la eliminación de prejuicios y las prácticas consuetudinarias y de cualquier otra índole que estén basados en la idea de inferioridad o superioridad de cualquiera de los sexos o en funciones estereotipadas de hombres y mujeres. (Organización de las Naciones Unidas [ONU], 1979)*

Posteriormente, en las Conferencias Mundiales sobre Población y Desarrollo de El Cairo (1994) y sobre la Mujer en Beijing (1995) se refirieron explícitamente a la necesidad de trabajar con los hombres y niños para alcanzar la igualdad de género, así como considerarles en las políticas públicas.

El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD, 2010, 2014) ha enfatizado que, para avanzar en igualdad de género, es importante discutir el modelo de masculinidad tradicional construido en nuestra sociedad, advirtiendo que el análisis de las relaciones de género requiere profundizar el lugar de los hombres en estas relaciones. Todavía más, señala que en ello reside uno de los nudos críticos para el avance hacia la igualdad. En esa línea, diversas investigadoras/es han sostenido la necesidad de incorporar el estudio de género de los hombres y las masculinidades en la agenda feminista, esto como potencialidad analítica para revertir las desigualdades (Cerva, 2017; Connell, 2015; Núñez Noriega, 2017; Tena, 2016). Por lo tanto, deshacer el nudo crítico de la masculinidad tradicional, repensando y desparame-tralizando (Salcedo, 2009) las representaciones dominantes, es una tarea indispensable para la construcción de una sociedad distinta, más justa e igualitaria. A decir del PNUD (2010):

*Las representaciones culturales son imágenes mentales que sirven de bisagra y de instrumento de adaptación entre los significados sociales y las condiciones efectivas para ponerlos en práctica. Aunque están situadas en la subjetividad, las representaciones no se forman individualmente sino de manera colectiva: tienen su origen en las interacciones cotidianas de los diversos grupos sociales y en las justificaciones e interpretaciones que ellos les dan en cada contexto. (p. 52)*

Esto sugiere que para terminar con la tesis de la diferencia sexual que desemboca en la división sexual/generizada del trabajo, es indispensable modificar no sólo las representaciones culturales sobre las mujeres, sino también impulsar cambios profundos respecto de las representaciones culturales sobre los hombres y la masculinidad (PNUD, 2019).

Los construccionismos han analizado los procesos de estructuración social problematizando la tensión entre lo individual y social, lo micro y lo macro, la acción-la agencia- y la estructura, entendiendo que no son esferas separadas como podría admitirse, por ejemplo, en la tesis dukhemiana (Berger y Luckmann, 2018; Giddens, 2012, 2015); por el contrario, los construccionismos corrigen este exceso determinista al plantear que la realidad social se configura a partir de relaciones y/o prácticas intersubjetivas recurrentes y compulsivas objetivadas a través del tiempo, en tanto procesos de habituación y rutinización. Pues bien, esta objetivación y/o

naturalización deviene en el dispositivo fundamental -de producción y reproducción social- que configura la persistencia del orden social mucho más allá de las consciencias de los sujetos (Bourdieu, 2007).

Desde la teoría social contemporánea del género, Connell (2015) entiende que éste «no se fija antes de la interacción social, sino que se construye a partir de ella» (p. 65). Por tanto, siguiendo a la citada socióloga, el género es un tipo particular de estructura social que se crea en las relaciones, en las prácticas cotidianas, en las que vamos haciendo género. Así, el género se construye en la historia; la habitualidad, la recurrencia y la repetición de determinadas prácticas, de ciertos modos de relación que van estructurándose como la forma en que una sociedad valida y acepta los modos de ser y hacer (Berger y Luckmann, 2018; Connell, 2015; Giddens, 2015); creyendo que ha sido así «desde siempre», por lo tanto, es lo normal, lo natural, la norma. Entre las normas elaboradas intersubjetivamente están también aquellas representaciones y prácticas ancladas a los cuerpos sexuados, las que se despliegan en diversos espacios de la vida social, entre ellos el doméstico.

La investigación se situó dentro de los estudios de género, en lo que Núñez Noriega (2017) denomina el subcampo de los estudios de género los hombres y las masculinidades, que junto con los estudios de género de las mujeres y los de la diversidad sexual, se proponen superar las desigualdades de género, dando cuenta de la construcción sociohistórica de la diferencia y desigualdad sexogenérica. La masculinidad hegemónica, es decir, ese modelo dominante socioculturalmente, Connell (2015) lo define como un conjunto de prácticas de género que amparan y reproducen un sistema de dominación relacional que consagra la posición dominante de los hombres respecto de las mujeres. Esta perspectiva, ciertamente patente en las dinámicas de la vida cotidiana, resulta aún más amplia -y problemática- cuando la situamos en el plano de la internalización configurativa del orden social. Lo anterior nos permite entender el planteamiento de Bourdieu (2000) cuando sostiene que las mujeres podrán avanzar en su liberación y en la consecución de sus derechos, en la medida que modelen una acción política conducente a develar -conscientemente- las bases simbólicas de la dominación masculina en todas las instituciones. En efecto, nos dice el autor, este orden está tan profundamente arraigado que no requiere justificación; se impone como lo evidente en tanto acuerdo colectivo que deriva de las estructuraciones sociales, y la organización del espacio, el tiempo y la división sexual del trabajo, y también de las estructuras cognitivas inscritas no sólo en las mentes de los sujetos, sino también en sus cuerpos (Bourdieu, 2000; 2007). Coincidiendo con esta perspectiva, Bonino (2002) sostiene que el peso estructural configurativo de la masculinidad se hace evidente en la vida de los hombres a través sus prácticas y no tanto en sus discursos; es decir, en su modo de estar y en la incapacidad internalizada para el cambio en lo cotidiano, es decir, especialmente en la dimensión funcional del hacer.

En Chile, la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo realizada por el Instituto Nacional de Estadísticas (INE, 2016), señala que el trabajo doméstico no remunerado para el propio hogar comprende actividades como:

*la preparación y servicio de comida dentro del hogar, la limpieza de la vivienda, limpieza de ropa y calzado, mantenimiento y reparaciones menores en el propio hogar,*

*la administración del hogar, compras para el hogar, incluyendo los traslados relacionados, y el cuidado de mascotas y plantas. (p. 26)*

Realizada en Chile entre 11 mil viviendas de 118 áreas urbanas, la encuesta arrojó que las mujeres dedican más tiempo que los hombres al trabajo doméstico; en un día tipo las mujeres destinan en promedio 5,89 horas, mientras que los hombres 2,74 horas. Estudios sobre el uso del tiempo en distintos países sostienen que el género es la variable que imprime mayores diferencias en el modo en que se organiza y distribuye el tiempo, ello porque existen mandatos de género que definen cuáles son las principales responsabilidades de hombres y mujeres: ellos son los proveedores y ellas las cuidadoras y las principales encargadas de las diversas tareas vinculadas al trabajo doméstico (Comunidad Mujer, 2017).

Si bien los hombres más jóvenes se relacionan de manera más igualitaria e incluso participan más en tareas domésticas que los hombres mayores (Aguayo *et al.*, 2011; Saldaña, 2018), en especial aquellos en zonas urbanas y con mayor escolaridad (INE, 2016; Martínez y Rojas, 2016; Moreno-Colom *et al.*, 2018; Sanfélix, 2011), aún existe una distancia cuantitativa -en términos de horas- y cualitativa -la manera en que lo hacen- si se les compara con las mujeres, quienes siempre destinan más tiempo que los hombres a este tipo de labores. Saldaña (2018) encontró que hombres profesionales jóvenes con pareja heterosexual presentan una buena disposición a implicarse en tareas domésticas, sin embargo, lo hacen en aquellas tareas de su preferencia, y generalmente bajo la guía de las mujeres; por lo que son las mujeres las que en el día a día se responsabilizan en mayor medida del trabajo doméstico y de su organización (Moreno-Colom, *et al.*, 2018). Según la ENUT (2016) la mayor desigualdad se da en el tramo de edad entre 25 a 45 años, donde las mujeres ocupan 7,39 horas al día, mientras que los hombres sólo 3,23 horas; así, las mujeres en promedio destinan 3 horas más que los hombres al conjunto de todas las actividades domésticas.

Por lo tanto, el cambio generacional entre los hombres jóvenes no se observa en lo concerniente a las labores domésticas, consideradas todavía como un campo de responsabilidad femenina, constatándose que los hombres jóvenes se resisten a realizar la limpieza de la casa y de la ropa, las que se identifican como actividades socialmente feminizadas (ENUT, 2016; Rodríguez y García, 2014 en Martínez y Rojas, 2016).

Esta situación de desigualdad de género se acentuó a partir del año 2020 debido a las medidas de confinamiento por la pandemia de Covid-19, donde, en no pocos casos, al trabajo doméstico se le ha sumado el teletrabajo, reapareciendo el papel tradicional de las mujeres en el hogar (Flores Duarte, 2020). Según la última encuesta realizada en Chile en contexto de pandemia, por la Mutual de Seguridad en conjunto con Cadem (El Mostrador, 2020), la mitad de las personas encuestadas señala que trabaja más desde la casa, sin embargo, esta mayor sobrecarga recae sobre las mujeres. Al consultar sobre «aspectos que dificultan el teletrabajo», en ambos grupos el primer lugar lo ocupó el «tener que compatibilizar el tiempo con las tareas del hogar», sin embargo, en el caso de las mujeres el porcentaje llegó al 47% y en los hombres al 28%; y con relación a desarrollar labores domésticas como «hacer el aseo y preparar el almuerzo» un 92% de las mujeres lo señaló en comparación con un 74% de los hombres. Por lo que se puede concluir que confinamiento asociado a la pandemia ha cambiado -al menos temporalmente- la lógica del trabajo remunerado, pero, estructuralmente hablando, no ha alte-

rado la asignación del trabajo doméstico a las mujeres, por el contrario, todo indica que lo ha incrementado.

Pareciera que aún persisten representaciones de género masculina donde el trabajo de los hombres es el que se realiza fuera del hogar, por el que se recibe pago. Ya lo señalaba Olavarría (2001) al inicio de este siglo: uno de los pilares de la masculinidad es que los hombres deben trabajar remuneradamente, así consiguen aceptación, reconocimiento social a su capacidad de producir y proveer. Sin embargo, con la creciente incorporación de las mujeres al mundo laboral, las dinámicas en la esfera privada han debido reestructurarse, o al menos tanto hombres como mujeres, preguntarse cómo se distribuyen en este nuevo escenario las actividades propias del espacio doméstico.

El objetivo de la investigación fue explorar las representaciones y las prácticas de género de estudiantes universitarias/os sobre la relación entre hombres y trabajo doméstico no remunerado, bajo el supuesto que en este grupo social es esperable una mayor crítica a las representaciones y prácticas tradicionales de género. Interesó explorar sobre las ideaciones y también las experiencias concretas observadas o experimentadas por estudiantes de educación superior, donde el foco estuvo en las actividades que se realizan en el hogar para su mantención y funcionamiento cotidiano, no así las labores de cuidado de niñas/os o personas mayores dependientes.

En el grupo social de jóvenes universitarias/o es esperable un mayor cuestionamiento a los mandatos de género tradicionales. Por ello, es relevante conocer las perspectivas de la generación de jóvenes que nació y creció en un contexto de globalización y circulación de discursos sobre los derechos humanos y de discusiones feministas, muy diferente al país de sus padres/madres y abuelas/os (Mardones y Vizcarra, 2017). Considerando los cambios y avances que ha experimentado Chile hacia la igualdad de género en estas últimas décadas, es posible sostener que hayan influido en las representaciones que elabora la generación de jóvenes, especialmente entre aquella que ha tenido la oportunidad de continuar estudios de educación superior. Hay que considerar que la presente generación de jóvenes en gran parte del mundo ha crecido viendo a niñas/os completar la educación básica casi en igual número, y muchas/os han visto a sus madres u otras mujeres trabajando remuneradamente fuera del hogar en importantes cifras, por lo que estas/os jóvenes pueden ser cruciales para lograr el cambio hacia la igualdad de género (Barker y Green, 2011). La generación de jóvenes que se encuentra en la veintena es un grupo social que ha experimentado las transformaciones tecnológicas del siglo XXI y por lo tanto ha vivido los efectos de los procesos de globalización, cobertura de la Internet, nuevas propuestas televisivas -TV por Cable, Youtube, Netflix, entre otras plataformas-, por lo que modelos hegemónicos del género han podido cambiar al interior de este grupo. Además, como sostiene Aguayo (2009) los hombres de mayor escolaridad han sido escasamente estudiados, entre estos los universitarios, que posiblemente llegarán a espacios de toma de decisiones que muchas veces influyen en las relaciones de género. Hay coincidencias en que es especialmente la generación de jóvenes la que puede abordar ese desafío, pues la juventud constituye una etapa durante la que lo aprendido se revisa, resignifica y reconfigura al cuestionar lo transmitido por parte de personas adultas de la familia, lo que permite cierta apertura para modificar creencias sobre normas de género sexistas (Barker y Green, 2011; Katzkowicz *et al.*, 2017; Marañón, 2018).

La focalización de la investigación en las IES responde a que consideramos que estas instituciones tienen un potencial de cambio para el conjunto de la sociedad. Como señala Buquet (2011), la función transformadora de éstas supone una contribución al desarrollo de un país en dos planos distintos, pero complementarios; por un lado, a través de la formación de profesionales y, por otro, a través de un tipo de (re)socialización cuyo efecto multiplicador trasciende las fronteras universitarias, alcanzando los distintos ámbitos de la sociedad, ya sea por el conocimiento y cuestionamiento que va generando, como por las/os profesionales que forma y se integran a diferentes espacios sociales. Coincidiendo, Cerva (2017) sostiene que las IES resultan fundamentales en términos de una reconfiguración relacional profunda, es decir, son claves en la emergencia de nuevas formas de relación y prácticas de género, al ser «espacios privilegiados por la resonancia social para difundir y consolidar una mirada que cuestione la discriminación y desigualdad» (p. 27). De acuerdo con lo planteado, cabe admitir que estas instituciones, en la medida en que revisen las bases estructurales del orden social son potencialmente transformadoras de representaciones y prácticas de género. Chile es un país que declara al desarrollo como horizonte próximo y que entre sus metas prioritarias apunta a superar las desigualdades de género, en este sentido es que los espacios de educación superior pueden jugar un papel clave en la sensibilización de las/os futuras/os profesionales, contribuyendo a la construcción de una sociedad más igualitaria.

## 2. DISEÑO Y MÉTODO

### 2.1. OBJETO DE ESTUDIO Y LA PERSPECTIVA ADOPTADA

El interés estuvo en aproximarse al conocimiento social elaborado por estudiantes en tanto parte del grupo social de jóvenes estudiantes de educación superior en una ciudad del sur de Chile; así como a sus experiencias materiales de interacción con otras/os jóvenes en la vida cotidiana. La producción de información se enfocó en los discursos, entendiéndolos como expresión de sentidos y significaciones socialmente construidas, pero también como referencia de prácticas que definen y delimitan la acción de los sujetos.

Se utilizó una metodología cualitativa con enfoque feminista, en tanto se propuso contribuir en la activación de la reflexividad entre quienes participaron, ya que el pensar y hablar sobre los temas indagados posibilitó la indagación reflexiva que eventualmente podría iniciar la toma de conciencia (Blázquez, 2012). Como señala Ríos (2012), «el proceso de investigación es un proceso de concientización, tanto para los científicos sociales que realizan la investigación como para los sujetos investigados, es decir, los grupos involucrados» (p. 194). Desde este enfoque se privilegian métodos orales (Bartra, 2012), en tanto incorporan lo que participantes piensan y sienten, así como sus experiencias, creencias y reflexiones tal y como las exponen, intentando captar el sentido que dan a sus actos y al mundo que les rodea (Delgado, 2012).

### 2.2. PARTICIPANTES

Participaron 18 estudiantes de pregrado de 3 IES de la ciudad de Valdivia, 9 hombres y 9 mujeres, con un promedio de edad de 21,6 años. Siguiendo a Hernández *et al.* (2016) se utilizó una muestra no probabilística, ya que no se persiguió la generalización; conformada por estudiantes voluntarias/os que accedieron a participar luego de recibir la invitación. Para

convocar se utilizaron diferentes estrategias: invitaciones desde unidades institucionales de las IES (direcciones de carrera, trabajadora social de unidad estudiantil); redes sociales (páginas de Facebook de organizaciones estudiantiles); y «bola de nieve», en que estudiantes refirieron contactos de otras/os estudiantes que podían interesarse en participar en el estudio.

### **2.3. TÉCNICA DE INVESTIGACIÓN**

Fue utilizada la entrevista semiestructurada de aplicación individual, con el propósito de producir conocimiento y activar la reflexión. Esta técnica, basada en una guía de temas y preguntas, posibilita a quien investiga para introducir preguntas adicionales para precisar algunos asuntos que van surgiendo en su transcurso o para obtener más información sobre lo que se habla, por lo tanto, no todas las preguntas están predeterminadas (Hernández *et al.*, 2016).

Se indagó por el lugar de los hombres en el espacio de la casa y la relación de éstos con el trabajo doméstico, para observar -a través del relato oral- las representaciones y las prácticas de género, en tanto núcleos temáticos centrales del estudio que guiaron las preguntas a formular y el análisis. El instrumento elaborado fue una pauta con preguntas tales como: ¿Cómo ves la relación entre hombres y trabajo doméstico, es decir las tareas de la casa?, ¿Cómo crees que afecta la masculinidad de un hombre el realizar tareas domésticas en el hogar?, ¿Cómo crees que reaccionan las/os jóvenes al ver a un hombre realizar tareas domésticas?, ¿En qué tareas domésticas los hombres presentan más resistencias a realizar? y ¿En qué tareas domésticas los hombres presentan menos resistencias a realizar?

El diseño del instrumento contempló, en una primera fase, la elaboración de un conjunto de preguntas que aborasen el objeto de estudio. En una segunda fase, se solicitó la evaluación experta de 5 investigadoras/es que trabajan en temáticas de género y/o de masculinidades, obteniéndose la respuesta de tres expertas/os. En una tercera fase, la pauta de preguntas resultante fue piloteada con/en dos estudiantes de educación superior. Incorporadas las modificaciones tras dichos procesos, se contó con un instrumento cualitativo apropiado al objetivo del estudio y al tipo de participantes de éste. Las entrevistas tuvieron una duración de entre una hora y dos horas. Todas las entrevistas fueron grabadas en audio, para posteriormente ser transcritas en procesador Word.

## **3. TRABAJO DE CAMPO Y ANÁLISIS DE DATOS**

### **3.1. PROCEDIMIENTO DE PRODUCCIÓN DE DATOS Y CONSIDERACIONES ÉTICAS**

El trabajo de campo se realizó en dos etapas: la primera, entre los meses de mayo a octubre de 2019, y la segunda, entre los meses de agosto y septiembre de 2020. Todas las entrevistas se realizaron en un día y horario acordado con cada estudiante. En la primera etapa fueron realizadas en espacios comunes de las IES o al aire libre; y en la segunda etapa, debido a las condiciones de confinamiento decretadas por el Ministerio de Salud del Gobierno de Chile debido a la pandemia por Covid-19, fueron realizadas por la plataforma Zoom. En esta segunda etapa se contactó a estudiantes de carreras que no estaban presentes en la primera etapa del trabajo de campo. Todas las entrevistas las realizó la investigadora y los análisis y discusión fueron trabajados en conjunto por ambos investigadores.

Cuando un/a estudiante expresó el interés por participar se le llamó por teléfono y se le envió al correo electrónico el documento de consentimiento informado para que lo leyera de manera previa al encuentro. El día de la entrevista, cada participante firmó el consentimiento informado. En la primera etapa la firma fue entregada en el documento en papel; y en la segunda etapa fue enviado con la firma por correo electrónico.

### 3.2. TIPO DE ANÁLISIS DE DATOS UTILIZADO

Siguiendo a León y Montero (2003) se optó por un análisis de contenido temático, ya que el interés estuvo en lo que las personas consideran importante en relación con ciertos acontecimientos y actividades. El análisis de contenido temático consiste en la descomposición del texto en unidades constitutivas para su posterior codificación según un sistema de categorías (Ruiz, 2009). En este estudio se utilizó un sistema mixto de categorías y códigos, por una parte, las categorías de representaciones y prácticas fueron nucleares y previas al trabajo de campo; y por otra, emergieron códigos inductivamente tras la lectura de los datos.

El análisis se dividió en cuatro etapas sucesivas. En una primera, se realizó una lectura crítica y repetida de las transcripciones; en la segunda, se codificaron los datos, asignándoles un nombre y describiéndolos. Como parte de esta etapa se incluyeron citas seleccionadas especialmente por sus características, ya que clarificaban la codificación levantada. Luego, se identificaron los grandes temas generados (o categorías) a partir del agrupamiento de códigos. Todas estas tareas se realizaron con apoyo del programa ATLAS.ti 8.

Siguiendo la propuesta de Guba y Lincoln (1991 citados en Hernández *et al.*, 2016), para el proceso de análisis se consideraron los siguientes criterios de rigurosidad científica cualitativa: credibilidad y confirmación. Respecto a la credibilidad se intentó captar el significado completo y profundo de las experiencias de las y los participantes, sus pensamientos y puntos de vista. Se consideraron las distorsiones que pudo generar la presencia de la investigadora en el campo, así como los propios sesgos de ésta, intentando estar alerta permanentemente y evitando ignorar o minimizar los datos que no apoyasen sus creencias previas. Para minimizar los sesgos de participantes, se triangularon también las fuentes, es decir, se escucharon diferentes voces, participando diferentes tipos de estudiantes en cuanto a carrera, nivel cursado, sexo y edad. Respecto al criterio de confirmación, precisamente en este apartado se explicitan los pasos del procedimiento de trabajo de campo, así como para el análisis de los datos. Conjuntamente, se entregan evidencias de lo interpretado por quienes realizaron la investigación, apoyándolo con 'el dato', es decir, con citas extraídas de los relatos de participantes, que reflejan el apego a ellos para las interpretaciones realizadas.

## 4. RESULTADOS

Los resultados permiten una aproximación a las representaciones, prácticas y experiencias narradas de las/os jóvenes universitarias/os. Se presentan las dos categorías temáticas formuladas previamente para la investigación; por un lado, las representaciones -en tanto ideaciones o elaboraciones discursivas- que aluden al género masculino, y las prácticas -en tanto experiencias concretas de la materialidad relacional- que son delimitadas como prácticas de género. Juntamente con cada categoría se presentan los códigos respectivos -señalados entre comillas-

que son descritos y complementados con citas textuales de las entrevistas. En la segunda categoría -segundo código- también se indican subcódigos. La Tabla 1 expone sintéticamente dicha organización de información.

**Tabla 1. Categorías, códigos y subcódigos para masculinidad y trabajo doméstico no remunerado**

Categorías	Códigos	Subcódigos
Representaciones de género en lo doméstico	-Claridad de la división sexual del trabajo en lo doméstico	
	-El trabajo doméstico es tarea de todas y todos	
	-Proceso de cambio cultural	
	-A los hombres se les alaba o se les critica	
Prácticas de género: cambios y persistencias	-Resistencias cognitivas para nuevas estructuraciones	
	-Resistencias socioculturales: los agentes socializadores	-Familia
		-Parejas mujeres
		-IES
	- Resistencias prácticas: asear y lavar	
	-Aperturas prácticas: lo doméstico externo visible y esporádico	
	-Hacer para sobrevivir	

Fuente: Elaboración propia

#### 4.1. LAS REPRESENTACIONES DE GÉNERO EN LO DOMÉSTICO

El primer código dentro de esta entrada temática es «Claridad de la división sexual del trabajo en lo doméstico». La diferenciación de espacios y actividades según los cuerpos sexuados se fundamenta en la creencia que hombres y mujeres tendrían características «naturales» (biológicas y psicológicas) que los harían más proclives o hábiles en determinadas ocupaciones, prácticas o tareas en la sociedad. Las/os jóvenes lo saben, pero no están de acuerdo, conocen este antecedente sociohistórico y por lo tanto desestiman que sea algo naturalmente dado. Al observar esta distinción funcional en el plano de las representaciones, advertimos que visiones de larga data -actualmente vigentes en la sociedad y que refuerzan la imagen del hombre como proveedor a través del aporte de dinero- son reflexivamente cuestionadas. Es precisamente lo que se advierte en los testimonios de dos estudiantes hombres:

«Esos son roles que vienen como definidos desde nuestra civilización y que incluso algunas personas lo naturalizan, como que dicen: 'no, es que Dios nos hizo así' y existe el hombre y la mujer, y la mujer tiene que ser la que está en la casa, que cocine, que cuide a la familia, y el hombre es el hombre proveedor» (Ingeniería Civil, hombre).

«Cosas históricas y socioculturales, como la cultura en la que la mujer es la que se hace cargo del cuidado del hogar... versus el hombre, que supuestamente está siempre afuera, trabajando... siendo productivo.... está ligado a ese aspecto de la división sexual del trabajo, como por temas de estereotipos sociales; o sea, la mujer está en la casa y el hombre está en el trabajo» (Ingeniería Civil Acústica, hombre).

De este modo, parece coherente la representación, ampliamente compartida entre las/os jóvenes, en cuanto a que «El trabajo doméstico es tarea de todas y todos», de ahí que sea el segundo código. Hay una conciencia nítida, al menos discursiva, respecto de las responsabilidades que cada quien debe tener en el hogar, más allá del sexo y la edad, en cuanto a la realización de las tareas. Se entiende que las actividades domésticas son cuestiones básicas, es decir, lo mínimo que cada persona debe realizar en su vida cotidiana para vivir. En esa línea expresan dos hombres y dos mujeres:

«Como que todavía, sobre todo para las generaciones anteriores a la mía, todavía lo ven como algo más propio de las mujeres, y no como un trabajo que les corresponde a todos en verdad... como que son cosas básicas» (Ingeniería Recursos Naturales, mujer).

«... se entiende que no es una labor de un género en específico, sino que es una labor de un ser humano conviviendo con otros seres humanos, como lo mínimo que se tiene que hacer» (Bachillerato Ciencias Ingeniería, hombre).

«Encuentro que deberían ser para los dos lados, y la mujer puede pasar la aspiradora, tú puedes, no sé, lavar la loza, no tiene por qué ser todo de la mujer» (Licenciatura en Ciencias mención Matemáticas, mujer).

«Dicen que este trabajo que hace el hombre dentro de la casa es una ayuda, cuando en sí no debería ser considerada ayuda. Yo lo he escuchado, y es como: 'no, no, si tal persona ayuda a su señora en las cosas en la casa', pero ¿por qué tendría que ayudar si la casa también es de él? A mí por lo menos no me cabe esa relación de ayuda, él está haciendo las cosas de su casa» (Pedagogía en Historia, hombre).

Este tipo testimonios -ciertamente representativos y frecuentes en la data cualitativa expuesta- implica que se está en un «Proceso de cambio cultural». Por ello el tercer código alude a que las representaciones sobre los hombres y el trabajo doméstico se han visto modificadas en las generaciones más jóvenes, por lo que cabría esperar una mayor y creciente implicación de los hombres en las diferentes tareas que este espacio contempla. Esto no deja de ser relevante, puesto que todo apunta a que las cosas han cambiado un poco, aunque no completamente, los hombres jóvenes se involucran más, pero no es lo habitual. El que los relatos sugieran la inmersión en un proceso de cambio, no implica por otro lado, que el orden mismo, en tanto estructuración de lo social, haya cambiado sustantivamente, pues es evidente la persistencia de determinadas ideaciones de género, y en particular, respecto del lugar doméstico de las mujeres en la sociedad. Es lo que de forma elocuente se expresa en el siguiente testimonio:

«Ningún hombre que yo conozco tiene grandes problemas con hacer aseo, pero tiene definido que es una tarea de la mujer de la casa» (Bachillerato Ciencias Ingeniería, hombre).

Conjuntamente, también se advierte la persistencia de determinadas representaciones de género de los hombres en el trabajo doméstico, evidenciadas en las contradictorias reacciones de jóvenes frente a la dialéctica que es inherente a todo proceso de cambio cultural. Concretamente, en situaciones en que hombres realizan tareas domésticas «Se les alaba o se les critica» (cuarto código levantado). Por una parte, esos hombres pueden ser blanco de sospechas, de posible burla, o sentirse menos valorados; y por otra, pueden ser alabados -incluso de manera

exagerada- como si estuvieran realizando una gran hazaña y no una actividad básica de la vida social. Es lo que expresan con particular claridad estudiantes entrevistados al señalar que:

«Si uno se pone a cocinar... ya lo empiezan a ver mal pues, o te ven mal o te hacen un altar, porque estás cocinando y es como 'oh huevón, ¡qué feminista!, qué huevón más deconstruido que está cocinando', es como eso, o te endiosan o te enlodan» (Ingeniería Civil, hombre).

«La misma persona [hombre] estando con un grupo generalmente de mujeres o más feminizado, tiende a realizar las labores domésticas que compartimos todes [sic], pero de una manera mucho más diferente, en cambio, cuando están con grupos generalmente más masculinizados, tienden a no hacerlo, porque puede ser sujeto de burlas, por ejemplo, o puede bajar en el estatus del grupo» (Derecho, hombre. ESE).

El punto de vista de una estudiante expresa el matiz complementario:

«Todavía como que hay que aplaudirlos casi porque hacen algo en la casa, cosas que son como básicas para la convivencia y para el bienestar de todos, y de ellos mismos incluso, como el cocinarse, el lavar platos, una barrida... todo lo que implica trabajo doméstico» (Ingeniería Recursos Naturales, mujer).

## 4.2. PRÁCTICAS DE GÉNERO: CAMBIOS Y PERMANENCIAS

En esta categoría el primer código es «Resistencias cognitivas para nuevas estructuraciones», en tanto se identifica que en los hombres persisten estructuraciones de género ancladas en lo tradicional que dificultan transformar lo representado -las ideaciones- en cambios materiales -las prácticas. Las/os participantes son conscientes que la estructura objetivada e internalizada estructura sus actuaciones cotidianas; sin embargo, esa conciencia no impide seguir actuando de acuerdo con las representaciones dicotómicas de género. Es lo que retrata de forma particularmente sugerente una estudiante:

«...les metieron en la cabeza toda la vida cómo no debería ser un hombre y lo que debería ser una mujer» (Ingeniería Recursos Naturales, mujer).

En la expresión «toda la vida» es donde se advierte precisamente el proceso de historización del orden social, es una frase con una profundidad histórico-cultural que, temporalmente, entronca con la enorme densidad objetivada de las prácticas y las costumbres.

Es lo que, con cierta ironía, ejemplifica una estudiante de Psicología respecto a cómo respondía su pareja hombre a su solicitud de realizar tareas domésticas:

«... ¡No!, ¿por qué tengo que hacerlo', 'no sé, no puedo'. Entonces se limitaba solo, él decía 'no, es que yo no sé hacer esto y no puedo'» (Psicología, mujer 3).

Estas resistencias cognitivas en los hombres actúan como obstáculos para el cambio: el no concebirse capaces de tener las habilidades requeridas para las tareas domésticas, o creer que las mujeres «son» más organizadas para llevarlas a cabo. Ello es esperable cuando las normas de socialización, es decir, las creencias y expectativas aprendidas durante la vida se han enmarcado en una diferenciación de espacios y actividades según el sexo.

«[Los hombres] las hacen, pero en menor cantidad, yo creo que, si hay mujeres y hombres en la casa, la mujer empatiza más con el rol de dueña de casa que el hombre, porque igual como lo he dicho todo el rato, la sociedad inculcó el machismo, entonces hay veces que la misma mamá como que no les da instrucciones a los hijos hombres, entonces ellos se acostumbran a que no deben hacer nada» (Psicología, mujer 5).

Un segundo código levantado es «Resistencias socioculturales: los agentes socializadores», entre estos -y como subcódigos- La «Familia», las «Parejas mujeres» y «Las IES». La «Familia», según los relatos, reproduce esa división sexual/generizada del trabajo, por ejemplo, padres y madres han enseñado que los hombres deben ser servidos por sus parejas mujeres, y que las mujeres deben ser conocedoras del quehacer doméstico:

«Mi papá es súper machista, entonces en realidad en eso lo evidencio. Él, por ejemplo, dice que los hombres no hacen nada en la casa, por ejemplo, y que las mujeres tienen que hacer todo» (Psicología, mujer 4).

Para muchos hombres existe un desconocimiento de las tareas que se realizan en casa, pues no las han hecho nunca; o no realizan gran parte de ellas; como no las hacen, no las aprenden. Por ello muchas veces las «Parejas mujeres» enseñan a hombres lo que éstos por socialización familiar no habían aprendido. En ese sentido, podría sostenerse que algunas mujeres jóvenes enfrentan la convivencia con los hombres marcando los límites de hasta dónde actuarán y qué harán en lo doméstico, señalando las condiciones para una distribución igualitaria de tareas:

«Íbamos a la casa de mi suegra y ella me decía: 'No, pero es que tú tienes que hacerle comida a tu marido'. Y yo le decía: 'pero por qué, si él también puede hacerlo'... Nos fuimos a vivir solos y todo, le enseñé a cocinar, a hacer las cosas de la casa y ahora las puede hacer perfectamente él y no, no le avergüenza ni nada» (Psicología, mujer 3).

«Las IES» también se identifican como agentes socializadores en tanto espacio donde las/os jóvenes se encuentran con realidades diversas entre sus pares, que les permiten cuestionarse normas de socialización familiar generizada. Se han encontrado en este lugar con experiencias desestabilizadoras de lo aprendido. Sin embargo, también identifican que estas instituciones pueden contribuir al mantenimiento de un orden sexista que resitúa a las mujeres al espacio doméstico. Es precisamente lo que apunta un estudiante de Ingeniería:

«Muchas mujeres como que han recibido ese discurso, aquí en esta facultad, de 'sí, acuérdense que están estudiando ingeniería, pero no se olviden de la cocina, no se olviden de la casa''' (Ingeniería Civil, hombre).

En lo que respecta a las prácticas concretas de los hombres jóvenes en el espacio doméstico, se levanta un tercer código que alude a las prácticas no habituales de los hombres, que están asociadas a «Resistencias prácticas: aseo y lavar». Es en esas actividades donde habría permanencias en tanto los hombres no avanzan hacia su realización. Justamente estas tareas son las más rutinarias y tediosas, que muchas veces implican contacto con lo sucio, lo maloliente, eventualmente con gérmenes y productos dañinos para el cuerpo. El espectro de tareas asociadas incluye aseo de la casa, limpieza de baños, lavado de ropa y loza. Es lo que se evidencia en los siguientes testimonios:

«El tema de lavar la loza y de limpiar los baños, así como, como que no está ni siquiera en sus posibilidades de imaginarlo» (Ingeniería Recursos Naturales, mujer).

«...el hacer la cama, que no saben hacer la cama algunos hombres o lavar la loza 'Ay, lávala tú'. No, no pueden, como que no saben lavar la loza, que ellos no saben, no saben nada de las cosas de la casa» (Licenciatura en Ciencias mención Matemáticas, mujer).

«el tema del lavado de ropa, lavado en general, la limpieza en términos de cubiertos, de menaje» (Geografía, mujer).

O, todavía más elocuente de parte de un estudiante:

«No me gustaría entrar a lavar los baños, no me gusta mucho esa... esa labor» (Agronomía, hombre).

Por otra parte, como cuarto código, se identifican actividades domésticas que los hombres asumen con mayor apertura, entre éstas las que se realizan en los contornos externos de la casa. Este código recibe el nombre de: «Aperturas prácticas: lo doméstico externo visible y esporádico», que considera actividades como cortar leña y podar el césped, que además de realizarse afuera de la casa, implican fuerza física, aspecto asociado a la masculinidad tradicional. Otra actividad que es señalada como del gusto de los hombres, es el cocinar, y particularmente asados (de carne) en el exterior de la casa, los que muchas veces derivan en espacios de homosociabilidad, es decir, de compartir con amigos, en un clima de festejo y relax. Es lo que se retrata en los siguientes relatos:

«Cortar el pasto, cortar la leña, o sea, [los hombres] se disponen a esas cosas» (Psicología, mujer 5).

«Los hombres se juntan entre amigos y van a hacer el asado, obviamente que el hombre va a cocinar feliz con sus amigos... conversando las cosas que pasan» (Agronomía, hombre).

Parece evidente a partir de estos testimonios de la existencia de una división generizada de las tareas al interior del espacio doméstico. Lo anterior se expresa, por un lado, en la idea de las mujeres como sujetos funcionales y aptas para prácticamente todas las tareas, en especial para las que se hacen dentro del hogar; y, por otra parte, la idea de los hombres relacionados a funciones donde importan cualidades como la fuerza física y asignados frecuentemente en lo doméstico a espacios exteriores del hogar.

Por último, como quinto código, se observa que es habitual entre hombres jóvenes asumir tareas domésticas cuando no hay mujeres en los espacios donde viven, por lo que se podría hablar de un «Hacer para sobrevivir». Ello ocurre entre estudiantes universitarios hombres que optan o deben estudiar en una ciudad distinta a la de la familia de origen, y por lo tanto viven solos o con amigos y deben realizar las diversas actividades domésticas para subsistir, porque si no quién las haría. Este escenario también opera como una proyección para cuando trabajen y vivan solos, en que deberán realizar las tareas de casa; y es que «si se está solo no queda otra». En este mismo sentido, es interesante la situación en que los niños (hombres) han crecido en familias donde tanto las mujeres/madres como los hombres/padres trabajan remunerada-

mente. En esos casos han debido aprender desde pequeños las diversas tareas de la casa, y al final se acostumbran, se hace rutina, un hábito.

Y, ciertamente, entre estudiantes universitarios esto es una condición de la vida cotidiana, y, por lo tanto, podría considerarse una dimensión germinal del cambio social.

«yo estoy acostumbrado a hacer todo eso, porque mi mamá nunca estuvo, o sea, siempre trabajó y mi papá también, entonces yo siempre estaba solo y tenía que auto valerme, cocinarme a mí mismo y todo» (Bachillerato en Ciencias de Ingeniería, hombre).

«Es tema de subsistir, uno como hombre también tiene que mantenerse y hacer las labores que corresponden ... Por ejemplo, los hombres solteros tienen que -aparte digamos de su trabajo- su trabajo ¿cómo decirlo?... tradicional o no sé, también tiene que cocinarse, también tiene que hacer aseo en su casa, también tiene que lavar, tiene que hacer todo eso, no hay drama» (Agronomía, hombre).

Para concluir la presentación de resultados, se aludirá a un problema ya esbozado, sobre la brecha del cambio en las relaciones de género respecto del trabajo doméstico. Efectivamente, hay un ideal representacional que señala que el trabajo doméstico no remunerado es tarea de todas y todos y que, si bien ha estado asignado a las mujeres, no es algo natural. Sin embargo, esta representación dista de lo que ocurre en las prácticas desplegadas por los mismos jóvenes, apreciándose una tensión en el mundo de la materialidad relacional, donde esta ideación igualitaria no termina de consolidarse.

Los hombres, incluidos los más jóvenes, incluso universitarios, no han dado un giro relevante hacia el cambio. Pareciera entonces que la inercia del «desde siempre» es difícil de torcer y que la rutinización de las prácticas repetidas en el tiempo -por generaciones- es más fuerte que el ejercicio reflexivo en lo consciente.

## 5. DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

El estudio muestra que las y los jóvenes son conscientes de la división sexual/generizada del trabajo doméstico no remunerado, que ha situado a las mujeres como sus responsables; reconocen su construcción sociohistórica y por lo tanto son capaces de problematizarlo como algo socialmente arraigado y no naturalmente dado. Por lo que declaran que es un trabajo que incumbe a toda persona integrante del hogar, sin embargo, igualmente reconocen que los cambios son incipientes y, por lo tanto, se está más bien ante un lento proceso de transición cultural, evidenciado además en la contradictoria representación de los hombres en el trabajo doméstico, que fluctúa entre la sospecha, la burla y el alabo excesivo.

Se constata asimismo que al interior del hogar se produce una división de tareas: los hombres realizan especialmente aquellas en lo externo de la casa y las mujeres las de dentro, coincidiendo con estudios que señalan precisamente que son las tareas de limpieza y orden las más rechazadas a realizar por los hombres (Comunidad Mujer, 2017; ENUT, 2016; Rodríguez y García, 2014 en Martínez y Rojas, 2016). Los hombres realizan tareas que son esporádicas o menos demandantes en tiempo y que han sido representadas como masculinas: cortar leña y podar el césped; las mujeres realizan tareas rutinarias y reiterativas, que tienen lugar diariamente y en diferentes momentos; actividades por lo mismo desgastantes y tediosas: cocinar las

tres o cuatro comidas al día, lavar loza, ropa, limpiar la casa y baños, ordenar, etc. Pareciera que la internalización del modelo de masculinidad dominante conduce a que la mayoría considere que el trabajo remunerado constituye el eje central de la vida de los hombres, y dejan en último plano todo lo que está relacionado con el hogar y las tareas de cuidado (Cottingham, 2013 en Martín Vidaña, 2021). Mirar aspectos de la vida social que habitualmente no son explorados se hace aún más necesario en tiempos de pandemia por Covid-19. Como sostiene Das Flores Duarte (2020), en estos momentos el trabajo doméstico no remunerado se redobla, porque además de las actividades ya existentes, el virus impone una nueva carga, ya que exige que todo esté aún más limpio y desinfectado que antes.

Se observa que para los hombres jóvenes cocinar es una actividad de interés. Ello podría estar relacionado, por una parte, con el hecho atávico de la comida como un componente básico para la subsistencia; y por otra, que la cocina, desde hace algún tiempo, viene siendo asociada a una actividad de distinción social, es decir, valorada en lo público; probablemente debido a la aparición de hombres chefs reconocidos por la cocina gourmet, quienes inclusive son capaces de lograr un prestigio mediático que escasamente cabría relacionar con el espacio doméstico. Conjuntamente, en el caso de los jóvenes, la cocina estaría más bien asociada a momentos de compartir con amistades y no a una actividad rutinaria del día a día. Surge la pregunta de si esta incursión en el cocinar podría ser un primer paso para continuar el proceso de cambio cultural aludido.

Siguiendo a Subirats y Tomé (2010) los obstáculos para el cambio de los hombres son de orden psíquico y sociocultural, pues éstos tienden a mantener los privilegios derivados de la división generizada que los mantiene sobre un pedestal (Da Silva, 2009); y a su vez, existen resistencias socioculturales que controlan y dificultan la transgresión de dichos mandatos. A decir de Bourdieu (2000) las expectativas colectivas que están inscritas en el entorno social «tienden a inscribirse en los cuerpos bajo forma de disposiciones permanentes» (p. 81), y de ese modo regulan la vida de los hombres. Así, los jóvenes sabedores de estos preceptos se convierten, paradójicamente, en rehenes de sus propios pensamientos (Ceballos, 2012).

Los relatos dan cuenta de la manera en que las prácticas concretas que despliegan los hombres jóvenes en el espacio doméstico se resienten en la inercia de estructuraciones pasadas que dificultan derribar las dicotomías y las naturalizaciones ancladas en la diferencia sexual. La socialización generizada que han recibido en sus familias perpetúa representaciones y prácticas de género tradicionales. Sin embargo, esto debe matizarse, pues la socialización no acaba en la familia, ya que los pares, la pareja, movimientos sociales como el feminista y las propias IES, vienen a remecer los mandatos de género internalizados durante la infancia y adolescencia. Por ejemplo, las mujeres aparecen como agentes de socialización de hombres, quienes se ven interpelados a transitar hacia prácticas más igualitarias. Pueden ser madres que salen a trabajar remuneradamente y se transforman en modelos para sus hijas/os en tanto mujeres proveedoras y que, en este nuevo papel, sus hijos e hijas requieren aprender a desenvolverse autónomamente en el espacio doméstico; o pueden ser novias o esposas que demandan a sus parejas hombres una distribución igualitaria de las tareas en el hogar. Pues tal como observan las investigadoras Martínez Avidad y Pérez López (2020) en un estudio entre jóvenes españolas/es, en las mujeres jóvenes aparece con fuerza la definición de proyectos de vida propios más allá de espacio del

hogar y en donde no se observa disposición a ceder en lo avanzado, en tanto consideran que todo ello ha sido una conquista del feminismo.

Las/os jóvenes son conscientes de que la estructura objetivada, para decirlo en los términos de Bourdieu (2000), la han incorporado en sus subjetividades, y de ese modo comprenden que las prácticas se han ido haciendo costumbre, las han ido rutinizando y por ello dificultando las posibilidades de un cambio profundo. Esto es coincidente con estudios como el de Bolaños (2020) entre universitarios guatemaltecos, en donde el autor plantea que existe el riesgo de quedarse con las respuestas políticamente correctas que entregan los jóvenes, pues al ser confrontadas con las prácticas cotidianas, muestran avances menores que los avances discursivos. Asimismo, Olavarría (2020) reflexiona, a partir de los resultados de su última investigación con jóvenes de Chile y Perú, sobre la brecha entre el relato y las prácticas. Los relatos de los jóvenes son muy similares a los que también le entregaron jóvenes hace veinte años en estos países, pero que curiosamente sólo se quedaron en discursos. El investigador teme que al igual que ocurrió con esos hombres, los jóvenes de hoy muestren un discurso políticamente correcto, pero en concreto no introduzcan un cambio en sus prácticas materiales.

Por lo tanto, entre las preguntas que surgen están: ¿cómo seguir avanzando en el proceso de cambio cultural que conduzca hacia la corresponsabilidad en el trabajo doméstico no remunerado?, ¿de qué manera se transita desde un cambio en lo representado a un cambio en las actuaciones, en las prácticas concretas en este espacio social? Siguiendo a Godelier (1990, 2011), una forma de desactivar ese orden social es a través del «pensamiento consciente», aquel que tiene la capacidad de desmontar la arbitrariedad del orden social. Por ello, la base de toda transformación relacional -estructuralmente significativa- depende de la capacidad que las y los agentes sociales tengan para reflexionar sobre cómo está organizada su propia sociedad, y más aún, para imaginar -en el marco de esa reflexividad consciente-, que las cosas pueden ser de otro modo, pues todo cambio pasa por imaginar que otro orden social es posible (Godelier, 2011). Dado que ese orden está tan profundamente arraigado y encriptado en las mentes y cuerpos, será preciso un cuestionamiento sistemático que logre cambios en la dimensión de las prácticas, diluyendo la brecha entre la idealidad de las representaciones y la materialidad de las relaciones (Godelier, 1990). Sin embargo, intelectuales como Bourdieu (2000, 2007) y Giddens (2015) alertan que la conciencia no necesariamente se traduce en cambios materiales. Ello, porque la rutinización de prácticas es lo conocido, es lo que otorga seguridad para moverse en el día a día, y por tanto tienden a persistir. De este modo las personas están encadenadas a los modelos de género heredados, a las condiciones sociales en las que están insertas (Bourdieu, 2007). Sin embargo, es posible realizar opciones políticas para un mundo nuevo de relaciones de género; no obstante, esas opciones se realizan siempre en circunstancias sociales concretas (Bourdieu, 2007). Para el pensador francés una posibilidad es invertir los aprendizajes incorporados, ponerse como observador desde fuera para ver la arbitrariedad cultural de lo que se hace, esa repetición hechizante del habitus. En la misma línea Giddens (2015) plantea que hay que acercar la conciencia discursiva a la conciencia práctica (tácita), pues esta última es la que se traduce en acciones, afirmando entonces lo relevante del cambio de prácticas anteriores para desarrollar conductas diferentes a las del pasado. Cambiar la rutina, es decir, todo lo que se haga de manera habitual, es intervenir en esa temporalidad que ha sustentado las prácticas rutinarias, tanto en las del propio cuerpo, como en las del cuerpo social

en las sucesivas generaciones, porque si bien «las rutinas, una vez establecidas, comportan una tendencia a persistir, siempre existe en la conciencia la posibilidad de cambiarlas o abolirlas» (Giddens, 2015, p. 79).

A partir de los resultados de esta investigación se considera que estos planteamientos son centrales para detener la reproducción social irreflexiva de las prácticas de género habituales, de manera que, para elaborar nuevas estructuraciones de género será necesario, por un lado, activar procesos de reflexión, y por otro, invertir aprendizajes incorporados para desarrollar pautas acordes a los procesos de cambio hacia la igualdad. Entre jóvenes del estudio se observa una distancia entre esa conciencia discursiva con la conciencia práctica (Giddens, 2015), una brecha entre lo ideal y lo material (Godelier, 2011); de ahí que el desafío sea transitar desde investigaciones que además de aspirar a la activación del «pensamiento consciente», también se aboquen a «invertir los aprendizajes» a través de la observación de pautas de comportamiento que rompen con el «desde siempre», así como tener la posibilidad de actuarlas y ponerlas en ejercicio.

Las nuevas -e igualitarias- estructuraciones requerirán la inyección de rupturas en diversos momentos del proceso constructivo de la realidad (Giddens, 2015). Un importante impulso han sido los movimientos feministas, que persistentemente han desarticulado el discurso dominante sobre la diferencia y desigualdad sexual. También instituciones de todo tipo -entre éstas las IES- han debido ponerse a tono con los tiempos del feminismo, comprometiéndose a actuar conforme a ello. Por lo tanto, las IES tienen la responsabilidad de contribuir al movimiento por la igualdad de género a nivel mundial, a través de la investigación y el discurso público (ONU Woman, 2016) y en tanto actoras claves para las transformaciones sociales, deben aportar sustancialmente a formar generaciones igualitarias y corresponsables (Buquet, 2011; Cerva, 2017; Mayorga, 2018). Las IES son agentes de socialización fundamentales y constituyen referentes socioculturales (Lizama-Lefno y Hurtado Quiñones, 2019), pues tal como se ha encontrado en este estudio, las representaciones de género se ven influenciadas por la vida cotidiana en las IES: el contacto con pares, docentes, así como la información a la que acceden o por los acontecimientos que en ella ocurren, los que remueven los pilares de aprendizajes incorporados previamente a la vida universitaria.

Una revolución feminista en el hogar debería transitar hacia la conformación de espacios domésticos igualitarios, no sólo cuando se ha formado la propia familia, ya sea viviendo en pareja o cuando se tiene hijas/os, si no también cuando se es integrante de una como hija/o, como menor de edad o como joven, estudiante o trabajador/a. Donde esa igualitaria distribución de tareas considerase también las tareas más rutinarias y tediosas. Por ello, es urgente la implicación de los hombres en el espacio de la casa y en la realización de la gama diversa de tareas domésticas. Ya algunos hombres, especialmente los más jóvenes, han comenzado a cuestionar la división sexual/generizada del trabajo, y en particular la tradicional forma de relación de género en el espacio doméstico, falta entonces avanzar hacia las prácticas materiales.

Por otra parte, y para argumentar la importancia de la participación de los hombres en la amplia gama de tareas en la esfera doméstica, autoras como Tornø (2015) llevan señalando que más allá del diferencial de tiempos dedicados al trabajo doméstico como indicadores de desigualdad entre hombres y mujeres, estos tiempos y tareas son primordiales para el bienestar

cotidiano, tanto de mujeres como de hombres. La posibilidad de aprender a autovalerse, de ser autónomos en la realización de estas tareas, genera beneficios también para los propios hombres. Como señala Saldaña (2018), el que los hombres reconozcan la importancia del trabajo considerado femenino para la propia vida, podría contribuir al crecimiento de su participación en las labores domésticas. Por lo tanto, es necesaria la discusión que releve la distribución universal del trabajo doméstico en tanto actividades fundamentales para el bienestar humano (Torns, 2015) y valore las labores asociadas a la reproducción y a la sostenibilidad de la vida (Fraser, 1997).

Como limitaciones del presente estudio, y que dan lugar a sugerencias para futuras investigaciones, se indican al menos tres: la investigación se realizó en una ciudad al sur de Chile, por lo que ampliar este tipo de estudios hacia otras zonas del país podrá contribuir a un conocimiento más amplio del tema y del grupo de estudio. Además, la investigación se focalizó en jóvenes de educación superior, un grupo selecto y que si bien resulta relevante como se argumentó en la introducción, también es necesario promover investigaciones entre jóvenes de otros grupos sociales, que no han accedido a la educación superior, por ejemplo, los que trabajan remuneradamente y/o los que son padres. Por último, gran parte de quienes participaron fueron estudiantes sensibilizados con la igualdad de género, ya sea desde el feminismo o desde las disidencias sexuales, expresando sus relatos desde esa sensibilidad previa, incluso desde el conocimiento teórico que muchas/os participantes mostraron. Por ello, será importante convocar a quienes están distantes o tienen posiciones contrarias, para identificar cuáles son los nudos críticos o más «duros» hacia la igualdad.

## 6. REFERENCIAS

- Aguayo, F. (2009). Fronteras del discurso masculino en un Chile globalizado. Reflexiones en torno al discurso de hombres profesionales, con pareja e hijos. En J. Olavarría (Ed.), *Masculinidades y globalización. Trabajo y vida privada, familias y sexualidades. V Encuentro de Estudios de Masculinidades* (pp. 125-140). LOM Ediciones.
- Aguayo, F., Correa, P., y Cristi, P. (2011). *Encuesta IMAGES Chile Resultados de la Encuesta Internacional de Masculinidades y Equidad de Género*. CulturaSalud/EME. <https://www.eme.cl/encuesta-images-chile-encuesta-internacional-de-masculinidades-y-equidad-de-genero/>
- Barker, G. y Greene, M. (2011). ¿Qué tienen que ver los hombres con esto?: Reflexiones sobre la inclusión de los hombres y las masculinidades en las políticas públicas para promover la equidad de género. En F. Aguayo y M. Sadler (Eds.), *Masculinidades y políticas públicas. Involucrando a hombres en la equidad de género* (pp. 23-48). LOM.
- Bartra, E. (2012). Acerca de la investigación y la metodología feminista. En N. Blázquez, F. Flores, y M. Ríos (Coords.), *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 67-78). CEIICH, UNAM.
- Bolaños, J. (2020). Del discurso al cuerpo: opiniones sobre masculinidad de estudiantes universitarios en Guatemala. *Revista Punto Género*, (13), 25-49. 10.5354/0719-0417.2020.58190
- Bonino, L. (2002). Masculinidad hegemónica e identidad masculina. *Dossiers Feministes*, (16), 7-35. <http://www.e-revistas.uji.es/index.php/dossiers/article/view/735/635>
- Berger, P. y Luckmann, T. (2018). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu.
- Blázquez, N. (2012). Epistemología feminista: temas centrales. En N. Blázquez, F. Flores y M. Ríos (Coords.), *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 21-38). CEIICH, UNAM.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Siglo XXI.
- Buquet, A. (2011). Transversalización de la perspectiva de género en la educación superior. Problemas conceptuales y prácticos. *Perfiles Educativos*, 33, 211-225. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13221258018>
- Buquet, A. (2016). El orden de género en la educación superior: una aproximación interdisciplinaria. *Nómadas*, (44), 27-43. Recuperado a partir de <https://www.redalyc.org/pdf/1051/105146818003.pdf>
- Ceballos, M. (2012). Indicadores aplicados a la visión dominante de la masculinidad por adolescentes de educación secundaria: la importancia del "deber ser" hombre. *Última Década*, 20 (36), 141-162.
- Cerva, D. (2017). Desafíos para la institucionalización de la perspectiva de género en instituciones de educación superior en México. Una mirada a los contextos organizacionales. *Revista Punto Género*, (8), 20-38. doi:10.5354/0719-0417.2018.48399

Comunidad Mujer, Chile (2017, marzo). Mujer y trabajo: Uso del tiempo y la urgencia por compartir las tareas domésticas y de cuidado. *Boletín N°38*.

Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Gobierno de Chile. (2017a). *Realidad nacional en formación y promoción de mujeres científicas en ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas*. Recuperado a partir de <http://www.conicyt.cl/wp-content/uploads/2017/05/Realidad-Nacional-en-Formacion-y-Promocion-de-Mujeres-STEM-2016-CONICYT-ISONOMA.pdf>

Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Gobierno de Chile. (2017b). *Política institucional equidad de género en ciencia y tecnología. Período 2017-2025*. Recuperado a partir de [http://www.conicyt.cl/wp-content/uploads/2015/03/Politica-Institucional-Equidad-de-Genero-en-CyT-Periodo-2017\\_2025.pdf](http://www.conicyt.cl/wp-content/uploads/2015/03/Politica-Institucional-Equidad-de-Genero-en-CyT-Periodo-2017_2025.pdf)

Connell, R. (2015). *Masculinidades*. PUEG: Universidad Nacional Autónoma de México.

Das Flores Duarte, J. (18 abril 2020). *Género, cuarentena y Covid-19: para una crítica del trabajo doméstico*. *Pensar la pandemia, observatorio social del coronavirus*, CLACSO. Recuperado a partir de [https://www.clacso.org/genero-cuarentena-y-covid-19-para-una-critica-del-trabajo-domestico/#\\_ftn1](https://www.clacso.org/genero-cuarentena-y-covid-19-para-una-critica-del-trabajo-domestico/#_ftn1)

Da Silva, D. (2009). Identidad masculina en la era del riesgo: entre lo propio y lo ajeno. Bajarse o no del pedestal ¿Esa es la cuestión? En J. Olavarría (Ed.), *Masculinidades y globalización, trabajo y vida privada, familia/s y sexualidad/es* (pp. 173-183). V Encuentro de estudios de masculinidades. CEDEM.

De Keijzer, B., Valenzuela, A., Mendoza, F., y Soto, G. (2019). ¿Acaso es acoso? Las prácticas y los retos de los hombres ante la igualdad en las universidades. En A. Téllez, J. E. Martínez y J. Sanféliz (Eds.), *Masculinidades igualitarias y alternativas. Procesos, avances y reacciones* (pp. 271-298). Tirant Humanidades.

Delgado, G. (2012). Conocer en la acción y el intercambio. La investigación: acción participativa. En N. Blázquez, F. Flores, y M. Ríos (Coord.), *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 197-216). CEIICH, UNAM.

El Mostrador (20 abril 2020). 46% más de carga laboral con teletrabajo: 92% de las mujeres debe cocinar y limpiar mientras teletrabaja. *El Mostrador*. <https://www.elmostrador.cl/braga/2020/04/20/46-mas-de-carga-laboral-con-teletrabajo-92-de-las-mujeres-debe-cocinar-y-limpiar-mientras-teletrabaja/>

Fraser, N. (1997). *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición "postsocialista"*. Siglo del Hombre Editores.

Fuller, N. (2020). Reflexiones, ambivalentes e inclusivos. Masculinidades entre jóvenes universitarios de Lima, Perú. En S. Madrid, T. Valdés y R. Celedón (Comps.), *Masculinidades en América Latina. Veinte años de estudios y políticas para la igualdad de género* (pp. 255-276). Ediciones Universidad Academia Humanismo Cristiano, Chile-Crea Equidad.

Giddens, A. (2012). *Las nuevas reglas del método sociológico. Crítica positiva de las sociologías interpretativas*. Amorrortu.

Giddens, A. (2015). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Amorrortu.

Godelier, M. (1990). *Lo ideal y lo material. Pensamiento, economía y sociedades*. Taurus.

Godelier, M. (2011). *La producción de grandes hombres. Poder y dominación masculina entre los Baruya de Nueva Guinea*. Akal.

Guevara, E. (2015). *Ellas cambiaron la psicología. Un abordaje interdisciplinario desde el género y ciencia*. UNAM.

Hernández, R., Fernández-Collado, F. y Baptista, P. (2016). *Metodología de la Investigación*. Mc Graw Hill.

Instituto Nacional de Estadísticas, Chile (INE, 2016). *Encuesta Nacional sobre uso del tiempo 2015*. Departamento de Estudios Sociales.

lñiguez, L. (2005). Nuevos debates, nuevas ideas y nuevas prácticas en la psicología social de la era "post-construccionista". *Athenea Digital*, 8. Recuperado a partir de: <https://ddd.uab.cat/pub/athdig/15788946n8/15788946n8a15.pdf>

Katzkowicz, Sh., La Buonora, L., Semblat, F. y Pandolfi, J. (2017). Masculinidades jóvenes desde una perspectiva de género. *Cuadernos temáticos de la ENAJ, N°4*, Mirada Joven. Ministerio de Desarrollo Social e Instituto de la Juventud, Gobierno de Uruguay.

León, O. y Montero, I. (2003). *Métodos de Investigación en psicología y educación*. Recuperado a partir de <http://www.psicothema.com/psicothema.asp?id=1177>

López Martínez, M., Nicolás Martínez, C., Riquelme Perea, P. J., y Vives Ramírez, N. (2019). Análisis de la segregación ocupacional por género en España y la Unión Europea (2002-2017). *Revista Prisma Social*, (26), 159-182. Recuperado a partir de <https://revistaprismasocial.es/article/view/3085>

López-Sáez, M., y García-Dauder, D. (2020). Los test de masculinidad/feminidad como tecnologías psicológicas de control de género. *Athenea Digital. Revista de Pensamiento en Investigación Social*, 20(2), e-2521. doi:<https://doi.org/10.5565/rev/athenea.2521>

Madrid, S., Valdés, T. y Celedón, R. (2020). Introducción. En S. Madrid, T. Valdés y R. Celedón (Comp.), *Masculinidades en América Latina. Veinte años de estudios y políticas para la igualdad de género* (pp. 11-33). Ediciones Universidad Academia Humanismo Cristiano, Chile-Crea Equidad.

Marañón, I. (2018). *Educación en el feminismo*. Plataforma Actual.

Mardones, K. y Vizcarra, M. B. (2017). Creencias de universitarios del sur de Chile sobre mandatos de género masculinos. *Revista de Psicología*, 26(2), 1-15. DOI:10.5354/0719-0581.2017.47945

Martínez, M., y Rojas, O. L. (2016). Una nueva mirada a la participación masculina en el trabajo doméstico y el cuidado de los hijos en México. *Estudios demográficos y urbanos*, 31(3), 635-662. [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0186-72102016000300635&lng=es&tlng=es](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0186-72102016000300635&lng=es&tlng=es).

- Martínez Avidad, M. y Pérez López, A. (2020). ¿Nuevas o viejas masculinidades? El rol masculino dominante entre los adolescentes españoles. *Revista Española De Sociología*, 29(3 - Sup1), 171-189. <https://doi.org/10.22325/fes/res.2020.63>
- Martín Vidaña, David (2021). Masculinidades cuidadoras: la implicación de los hombres españoles en la provisión de los cuidados. Un estado de la cuestión. *Revista Prisma Social*, (33), 228–260. Recuperado a partir de <https://revistaprismasocial.es/article/view/4095>
- Mayorga, K. (2018). Igualdad de género en la educación superior en el siglo XXI. Palermo Business Review. Fundación Universidad de Palermo. *Graduate School of Business N° 18*.
- Montes, R. (18 mayo 2018). La nueva ola feminista chilena explota en las universidades. *El País*. [https://elpais.com/internacional/2018/05/16/america/1526477379\\_243906.html](https://elpais.com/internacional/2018/05/16/america/1526477379_243906.html)
- Moreno-Colom, S., Ajenjo Cosp, M., y Borràs Català, V. (2018). La masculinización del tiempo dedicado al trabajo doméstico rutinario. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (163), 41-58. <http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.163.4>
- Núñez Noriega, G. (2017). *Abriendo brecha. 25 años de estudios de género de los hombres y masculinidades en México (1990-2014)*. CIAD.
- Olavarría, J. (2001). *Hombres a la deriva. Poder, trabajo y sexo*. FLACSO.
- Olavarría, J. (2020, 9 de julio). *Conferencia Quinto diálogo: corresponsabilidad y cuidados del hogar en tiempos de pandemia*. Dirección de Género Universidad de Concepción. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=WkYzGkPk4XI>
- Organización de las Naciones Unidas (1979). *Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer*. Recuperado de <https://www.ohchr.org/sp/professionalinterest/pages/cedaw.aspx>
- ONU Woman (2016). *He For She. IMPACT 10x10x10 University Parity Report*. Recuperado de <https://www.heforshe.org/en/impact>
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD, 2010). *Informe sobre Desarrollo Humano en Chile, 2010: Género los desafíos de la igualdad*. PNUD.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD, 2014). *Estrategia de igualdad de género del PNUD 2014-2017. El futuro que queremos: derechos y empoderamiento*. PNUD.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD, 2019). *Una década de cambios hacia la igualdad de género (2009-2018): Avances y desafíos*. PNUD.
- Ramírez, K. y Trujillo, M. (2019). Acoso sexual como violencia de género: voces y experiencias de universitarias chilenas. *Cuestiones de Género de la Igualdad y la Diferencia*, (14), 221-2410. DOI: 10.18002/cg.v0i14.5779
- Ríos, M. (2012). Metodología de las ciencias sociales y perspectiva de género. En N. Blázquez, F. Flores, y M. Ríos (Coords.), *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 179-195). CEIICH, UNAM.
- Ruiz, J. (2009). Análisis sociológico del discurso: Métodos y lógicas. *Forum Qualitative Social Research*, 10(2). Recuperado de <http://hdl.handle.net/10261/64955>

Salcedo, J. (2009). Pedagogía de la potencia y didáctica no parametral. Entrevista con Estela Quintar. *Revista Interamericana de Educación de Adultos*, 31(1), 119-133. Recuperado en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=457545096006>

Saldaña, L. (2018). Relaciones de género y arreglos domésticos: Masculinidades cambiantes en Concepción, Chile. *Revista Latinoamericana Polis*, 50, 183-204. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-65682018000200183>

Sanfélix, J. (2011). Las nuevas masculinidades. Los hombres frente al cambio en las mujeres. *Revista Prisma Social*, (7), 220-247. Recuperado a partir de <https://www.redalyc.org/pdf/3537/353744579008.pdf>

Santos, A. (2018, 19 de junio). Brechas de género y políticas de igualdad en universidades del CRUCH-Comisión de Igualdad de Género AUR-CRUCH, en *Seminario Igualdad de Género en la Educación Superior y otros sectores*. Valparaíso (Chile): Biblioteca del Congreso Nacional.

Subirats, M., y Tomé, A. (2010). *Balones fuera. Reconstruir los espacios desde la coeducación*. Octaedro.

Tena, O. (2016). Incorporación del trabajo con hombres en la agenda feminista. En T. Rocha (Comp.), *Debates y reflexiones en torno a las masculinidades. Analizando los caminos hacia la igualdad de género* (pp. 17-30). UNAM.

Torns, M. T. (2015). Family Changes in Spain, Some Theoretical Considerations in Light of the Wellbeing of Everyday Life. *Cambio. Rivista sulle trasformazioni Sociali*, 9, 137-146. DOI: 10.1400/234061

Valdés, T. (2020). Masculinidad y políticas de igualdad de género: ¿Es posible "hacer una raya al tigre"? En S. Madrid, T. Valdés y R. Celedón (Comp.), *Masculinidades en América Latina. Veinte años de estudios y políticas para la igualdad de género* (pp. 303-330). Ediciones Universidad Academia Humanismo Cristiano, Chile-Crea Equidad.